

Me importó la obra 30. pesos.

HISTORIA
DE LA IGLESIA

Bx945

B4

DE LA PREDICACION DE LOS APOSTOLES HASTA EL PONTIFICADO DE GREGORIO XVI

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR EL ABATE BERNARD-BOCCASSIN

traducción de Noyon

correcta y continuada desde el año 1719, en que la dejó su autor, hasta el año 1843

Y AUMENTADA CON IMPORTANTES DISERTACIONES

POR EL BARON HENRIOT



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEON



Biblioteca Universitaria
Capilla Alfonso XIII

MADRID: 1854

Con licencia del Ordinario

IMPRESA DE EL CATORICO A CARGO DE D. JOSE M. CAJADA

calle de San Marcos, número 8, principal derecho

menos estos dos buenos electos, á saber: á saber: que espaldas, procura proparias y responder á las objeciones; y que los de aliora ó designar...
nistas declarados, que sostuviese abiertamente su doctrina, sin no expresaban catenamente...
to el veneno que hay en toda su obra volun-
las cinco proposiciones, y que los que estaban...
nietos á esta doctrina se vieron obligados á...
recurrir á la vana sutileza de negar que fuese...
esa la doctrina de Jansenio.

HISTORIA

GENERAL

DE LA IGLESIA.

deliberaciones del clero, escrita de orden de la...
misma asamblea (1) que la misma asamblea...
que de haberla examinado los señores cardenales...
opinas que se hallaban en París á principios...
de 1651 se remitió con este motivo el 9 de...
por lo común á sus señores, para que todo lo...
que sostenían en sus libros, pudiese igualmente...
deberían ser las palabras del acuerdo (las...
varias proposiciones...
en persuadirse que este sentido es ortodoxo.

LIBRO SEPTUAGESIMO-SEPTIMO.

Desde la condenacion del jansenismo en el año 1653, hasta la bula de

Alejandro VII en el de 1656

de las cinco proposiciones. Entretanto...
una la relación) se presentó por parte de los...
jansenistas una instrucción impresa para mos-
trar que las proposiciones no estaban en lan-
guaje que en sus obras enseñaba este autor

Mientras en todo el reino de Francia se traba-
jaba en publicar y hacer observar la constitucion
de Inocencio X, los hechos vinieron á verificar
lo que mas de una vez habian predicho los jan-
senistas durante el curso de su causa, á saber:
que la censura de las cinco proposiciones no
devolveria la paz á la Iglesia. La bula de Ino-
cencio X tuvo casi en esta parte la misma suer-
te que tuvieron en lo antiguo las decisiones de
los concilios de Nicea, de Efeso y de Calcedonia,
y en estos últimos tiempos las de Trento; pues
lejos de reunir los ánimos, se volvieron contra
ellas sus enemigos con tanto ó mas encono y

obstinacion que antes. Mas no se crea por esto
que la Iglesia hubiera obrado mejor abstenién-
dose de decidir, ó que fuese inútil su decision.
Al contrario, el mal habria sido mayor si ella
no hubiese decidido; habriansele imputado las
turbulencias que se siguieron, si ella hubiera
permanecido en silencio, al paso que ahora solo
pueden imputarse á la obstinacion de los re-
fractarios; los errores no han hecho el progre-
so que de lo contrario hubieran hecho, si
han tenido curso durante algun tiempo, se han
disipado al fin en todo ó en mucha parte.

La bula de Inocencio X produjo por lo

menos estos dos buenos efectos, á saber: que apenas hubo nadie, á escepcion de los calvinistas declarados, que sostuviese abiertamente las cinco proposiciones, y que los que estaban adictos á esta doctrina se vieron obligados á recurrir á la vana sutileza de negar que fuese esa la doctrina de Jansenio.

Con motivo de varios escritos publicados en francés acerca de esto, conocieron sin dificultad los prelados de Francia que se trataba de eludir á pretexto de una cuestion de hecho la sentencia apostólica, y de inutilizar todo lo que se habia hecho. La Relacion de las deliberaciones del clero, escrita de orden de la misma asamblea (1) que la hizo imprimir despues de haberla examinado, nos dice que los obispos que se hallaban en Paris á principios de 1654 se reunieron con este motivo el 9 de marzo y eligieron ocho comisionados entre los obispos de entre ellos mas doctos, para considerar (estas son las palabras del acuerdo) las varias interpretaciones y los demas eufemias inventados con el objeto de dejar frustrada la bula. Se buscaron, se leyeron y examinaron los testos de Jansenio que se refieren á cada una de las cinco proposiciones. Entretanto (continúa la relacion) se presentó por parte de los jansenistas una Instruccion impresa para mostrar que las proposiciones no estaban en Jansenio, y que en sus obras enseñaba este autor lo contrario. Presentaron tambien una Memoria impresa, dirigida á probar que el designio de sus adversarios era hacer que se condenase la doctrina de San Agustín, condenando la de Jansenio. Los obispos comisionados examinaron con la mayor atencion estos documentos, y despues de diez sesiones de un trabajo continuo, declararon en plena asamblea que las cinco proposiciones condenadas por la bula de Inocencio X. estaban verdaderamente en el libro de Jansenio, el cual las enseñaba, las

(1) Act. du clero de Franc. ann. 1654, p. 8, ed. de 1661.

explicaba, procuraba probarlas y responder á las objeciones; y que lejos de alterar ó desfigurar su doctrina, aun no espresaban enteramente todo el veneno que hay en toda su obra voluminosa: de donde infirieron que haciéndose las condenaciones segun la significacion propia de las palabras y el sentido de los autores, era indubitante que las cinco proposiciones habian sido condenadas en su sentido propio, que es el de Jansenio, esto es, que las opiniones y los dogmas de este obispo sobre la materia que se contiene en las cinco proposiciones, y se explica con mas estension en su *Augustinus*, estaban condenadas por la bula: «en lo cual (continúan) es muy digna de elogio la prudente conducta del Papa, tan conforme al ejemplo de sus predecesores y de los santos concilios, los cuales, al condenar las heregias, nombraron por lo comun á sus autores, para que todo lo que sostienen en sus libros quede igualmente anatematizado en el sentido en que lo sostienen, á pesar de la obstinacion de sus secuaces en persuadirse que este sentido es ortodoxo. Todas las dudas y las citas de los contrarios se dirigen á echar por tierra la constitucion, porque si, como ellos pretenden, las proposiciones no están condenadas en el sentido de Jansenio, sino solo en un sentido vago, indefinido y que, segun su significacion propia, sean susceptibles de un sentido ortodoxo igualmente que de un sentido herético, la bula no sería mas que una ilusion y quedaria la disputa en el mismo estado en que se hallaba antes de la decision de Roma.»

En cuanto á la supuesta conformidad de los dogmas de Jansenio con los de San Agustín, y de consiguiente con los de la Iglesia romana, cuidaron los comisionados de añadir que el santo obispo de Hipona se oponia abiertamente á las sutilezas del obispo de Iprés, el cual le citaba á su favor, siguiendo el ejemplo de los hereges antiguos y modernos, que procuraron apoyar sus errores con el testimonio de los Santos Padres, y especialmente de San

Agustín, y con el de la sagrada Escritura; lo que no habia impedido que los Papas y los concilios proscribiesen en todos tiempos los falsos dogmas. Sin limitarse á estas observaciones generales, se leyeron en la asamblea los pasages de San Agustín que citaban los defensores de Jansenio sobre cada una de las cinco proposiciones, y de donde inferian que condenándolas se condenaba la doctrina de aquel Santo Padre: con cuyo motivo, despues de haber hecho palpable los comisionados la mala fé con que estos apologistas citaban y desfiguraban los pasages de Jansenio, mostraron que San Agustín no era menos conforme á las decisiones de la bula que opuesto á las opiniones de Jansenio: que el doctor de la gracia habia enseñado incontestablemente sobre esta materia lo que sin duda alguna pertenece á la regla de la fé: que si habia añadido algunas cuestiones menos importantes, y dejadas sin decidir por el decreto apostólico, de donde dimanaba su autoridad superior, la desgracia de Jansenio era que las aserciones espresadas en las cinco proposiciones no estaban comprendidas en el número de las indecisas; que no habia habido ningun autor católico que interpretase á San Agustín en el sentido de Jansenio antes de Miguel Bayo, condenado en este punto por los Papas Gregorio XIII. y Pio IV. y en fin, que el concilio de Trento, juez legitimo de la tradicion católica, comparando unos con otros los varios pasages de San Agustín, habia explicado su verdadero sentido por los lugares en que este profundo doctor habló con mas claridad. Se decretó, pues, que se declararia, y se declaró en efecto definitivamente, en vista de los documentos presentados por una y otra parte, que la bula habia condenado las cinco proposiciones, como que eran de Jansenio. La asamblea envió esta decision al Papa, y escribió tambien acerca de ella á todos los prelados del reino. Vemos, pues, que el clero penetró desde entonces el artificio de los nuevos sectarios,

los cuales, haciendo profesion de condenar las cinco proposiciones, se conservaban la libertad de sostener todo lo que habian creído hasta aquel tiempo, con el pretexto de que en nada se habia tocado á la doctrina de Jansenio, que estaban adictos secretamente. Y habiendo ofrecido que admitirian la censura de las proposiciones en cualquier sentido que pudiesen tener, con tal que no se dijese que recalcaba sobre el sentido en que las enseñaba Jansenio, se desechó con desprecio semejante oferta, pues además de que era un absurdo condenarlas en cualquier sentido que pudiesen tener, cuando segun los que hacian dicha propuesta, podían tener un sentido católico, se echó de ver que estos términos generales se dirigian siempre á hacer inútil la condenacion, que en la bula se espresa y muy clara contra la doctrina de Jansenio. Por tanto, se miró este temperamento como contrario á la paz y á la union de los ánimos que se solicitaba, porque esa paz y union no podían fundarse en la ambigüedad, que es el manantial mas comun de las divisiones, sino solo sobre la unidad y la sencillez de la fé. Con este motivo la prudente y sabia asamblea puso á la vista los varios artificios de que se habian valido los hereges antiguos para sorprender la Religion de los obispos, y como en aquellos convenios perniciosos en que se habia tratado con alguna descendencia á los desertores de la fé, con pretexto de facilitar su conversion, habia siempre la Iglesia perdido de sus derechos y aumentado sus fuerzas la heregia. Al efecto se citaron estas palabras memorables de San Gerónimo acerca del convenio de Rimini: *Se ha consagrado la prevaricacion con el nombre de unidad; y se resolvió, como lo hizo el mismo santo Padre, contra los pelagianos, que no convenia privarse, por una paz fingida, de las ventajas que habia conservado la guerra.* Habiendo recibido el Papa la carta de esta asamblea, manifestó el mayor júbilo y mandó despachar un breve dirigido á la asamblea ge-

neral que el celo del mismo reino había de celebrar muy pronto. Elogia en él sobre manera el celo y la piedad de los prelados de Francia; aprueba y confirma lo que acababan de decidir relativamente á la bula, y declara en términos espresos, que con su constitucion de 31 de mayo de 1653, había condenado en las cinco proposiciones la doctrina de Cornelio Jansenio, contenida en su libro intitulado *Augustinus*. En vista de esto, ¿se creerá que los escritores de la mayor autoridad en el partido, y aun el mismo P. Quesnel, hayan tenido el descaro de asegurar que no existe ningún documento auténtico de que haya sido examinado el libro de Jansenio? Presumieron acaso que la mentira dicha con osadía, tendría la virtud de prevalecer contra este testimonio, tan notorio como formal, del Papa y de los obispos?

En su breve recomendaba el Pontífice á los prelados, además de la ejecución de la bula, la de un decreto que había expedido después condenando cuarenta obras publicadas ya en defensa del *Augustinus*. De este número eran el Escrito de tres columnas, presentado anteriormente en Roma por dos agentes del partido, y que había llegado á ser tan famoso que era merecedor de esta espresa censura; las dos Apologías, compuestas por Arnaldo á favor de Jansenio; el tratado de la Gracia victoriosa, escrito por el abad de la Hane; la Carta pastoral del arzobispo de Sens, y con el edicto del obispo de Comminges; y el Catecismo de la Gracia, atribuido al doctor Fardéau por el historiador del jansenismo. Dicho breve fué leído y leído con aplauso en una asamblea particular; ya que no había podido congregarse todavía la general; pero se escribió inmediatamente á todos los prelados del reino para manifestarles las intenciones del Padre Santo, y para contentar uno de los mayores males que podían afligir á la Iglesia (estas obran las espresiones de la carta); y se les suplicaba que diesen sus disposiciones para que subscribiesen al breve

á la constitucion todos los cabildos, todas las universidades, todas las comunidades seculares y regulares, exentas ó no exentas, los parrocos, todos los beneficiados, y generalmente todas las personas que pudiesen interesar la solicitud pastoral, de cualquier calidad y condicion que fuesen. En todo el reino se miró como un deber conformarse con este fallo episcopal, confirmado por un breve del Santo Padre.

Entre tantas obras condenadas en aquella ocasion, seria una tarea inmensa que no entra en nuestro propósito, la justificacion de cada censura; pero se podrá juzgar de lo demás por lo que diremos, ó mas bien por lo que han dicho del *Catecismo de la gracia* los enemigos jurados de la fe romana. La condenacion que habia sufrido en Roma sirvió de motivo á los calvinistas para recibirle con el mismo aprecio que los partidarios de Jansenio. Ya hemos visto que Samuel de Marais, profesor de teología calvinística en Groninga, publicó una traduccion latina de este Catecismo, con grandes elogios del valor que habia mostrado Jansenio defendiendo la causa de Bayo. Después redujo á tesis la doctrina de este libro, y la sostuvo públicamente como conforme en un todo á las decisiones del sínodo calvinístico de Dordrecht. Al elogio de Jansenio añadió el del abad de San Cirán, y con mas complacencia el del doctor Arnaldo, quien se habia propuesto (dice) restablecer la penitencia pública, abrogar el uso de la frecuente comunión, introducir la de los jesuitas, y asociar á San Pablo con San Pedro en la fundacion de la Iglesia romana; lo que desagradó mucho (continúa) á los aduladores del obispo de Roma, porque la sucesion de solo Pedro es el único fundamento en que él establece sus derechos quiméricos.

Conocieron los partidarios de la nueva doctrina cuánto podian desear de ellos, con aquellos que tenian aun alguna adhesion á la fé, unos elogios dados por un enemigo declarado de la Religion de sus padres; y para evitarlo publicaron tres cartas en respuesta á las

pretendidas imputaciones del teólogo protestante; pero todos los calvinistas instruidos se esplicaban del mismo modo que Desmarais. «Los jansenistas (dice entre otros el ministro Jurieu) se han uniformado enteramente con nosotros en la materia de la gracia; pero uniformándose con nosotros, han trabajado para alejarnos de ellos, y á trueque de no ser tenidos por calvinistas, nos atribuyen pensamientos que no solo no tenemos, sino que con una mala fé insigne sabian muy bien que estamos muy distantes de tener (1).» Bayle, después de acusarlos de que sostienen con tesón que no son calvinistas, añade que para defenderse de este cargo usan de artificios y de distinciones mal fundadas (2).

El breve de Inocencio X, escrito con fecha de 29 de setiembre de 1654 á la asamblea del clero de Francia, fué el último esfuerzo de su celo contra los novadores de este reino, los cuales no pensaban en mostrarse dóciles, ni aun en dejar de causar disturbios. Este Pontífice, que pasaba ya de los ochenta años, murió en la noche del 6 al 7 de enero del año 1655, undécimo de su Pontificado. Aunque estuvo muy malo desde el día 27 de diciembre, nadie se atrevió, como sucede comunmente con los grandes, á darle la noticia de que estaba próximo á morir. En fin, el cardenal Azolina obligó al confesor de Su Santidad á que se lo dijese. Recibió Inocencio esta noticia con una firmeza que edificó á todos los circunstantes. Mandó llamar al P. Oliva, jesuita, que entonces era su predicador y después fué general de la Compañía, para que le asistiese en sus últimos momentos. Habiendo visto cerca de su cama al cardenal Sforzia: «mirad (le dijo), en lo que vienen á parar todas las grandezas del Sumo Pontificado.» Quiso que por espacio de tres dias estuviesen abiertas las puertas de palacio para que todos los fieles indis-

tintamente pudiesen ver el mismo espectáculo; después de lo cual espiró con grandes demostraciones de piedad. Inocencio X tenia mucha viveza y actividad, prudencia, discernimiento y elevacion de ánimo. Era inflexible en sus resoluciones, pero no las tomaba hasta meditarlas con madurez. Era magnífico en los gastos necesarios; pero evitaba los supérfluos, aborrecia el lujo y vivia con gran frugalidad. Sin oprimir á sus súbditos, á quienes amaba con ternura y hacia que se les administrase justicia con la mayor puntualidad; ahorró unas sumas de dinero tan considerables que tenían pocos egemplares. Dicen de él que se dejó dominar bastante de su cuñada Olimpia Maldachini, y de su sobrina la princesa de Rosano: lo que dió motivo á los enemigos de su persona ó de sus decretos para esparcir algunas nubes sobre sus costumbres; pero ¿cuál es el Papa en quien no encuentren delitos los sectarios por él condenados? En cualquier otro tribunal quizá no tendria ningún defecto Inocencio X, como otros muchos Sumos Pontífices, si hubiese mirado con menos ardor por los intereses de sus parientes. Durante el pontificado de Inocencio X, hacia el año 1646, abandonaron sus errores por la solicitud y desvelos de los capuchinos un no pequeño número de sirios jacobitas, es decir, eutiquianos, y reuniéronse á la Iglesia romana. El principal de ellos fué el arzobispo de Alepo que vino á ser el gefe de estos nuevos católicos de Siria, el cual fué confirmado por la Santa Sede, y es mirado como Patriarca católico de Antioquia.

Algunos meses antes de la muerte de Inocencio, falleció á 8 de setiembre de 1654, un simple religioso, cuya memoria merece tener lugar en los fastos de la historia como la de las personas mas distinguidas en la gerarquía. No solo es acreedor el P. Pedro Claver, de la Compañía de Jesus, á esta distincion por razon de sus virtudes heroicas declaradas tales por un breve del Papa Benedicto XIV, relativo á la beatificacion, sino por el carácter particular de

(1) *Espir. de Mr. Arn. t. 2, p. 4.*
 (2) *Diccion. Palabr. Jansenio.*
 B. del C., tomo XXI.—VIII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—TOMO VI.

su celo (1). La parte del género humano mas ultrajada y envilecida fué el objeto de este celo, y su teatro Cartagena de Indias. Esta ciudad, que tiene un buen puerto en el golfo de Méjico, era la escala de todo lo que se saca para Europa, asi del reino de Méjico como del Perú, del Potosí y de todos aquellos ricos paises; en una palabra, era como el centro en que se reunian todas las naciones comerciantes, en especial para el tráfico de negros. A todas horas llegaban allí navios en que iban amontonados estos infelices esclavos, sin cama, sin vestido, sumergidos en su misma inmundicia y siempre cargados de cadenas, lo que, junto con el mal alimento, les causaba enfermedades, cánceres y úlceras tan pestilentes, que ellos mismos no podian tolerar su hedor. En una palabra, ni á las bestias se las maltrataba con tanta crueldad: de lo que resultaba que muchos de ellos querian mas bien ahogarse ó dejarse morir de hambre, que pasar una vida tan desdichada, y principalmente cuando habia algunos amos tan desapiados que en viéndolos incapaces de servir, ya sea por enfermedad ó por vejez, los abandonaban por lo comun á su triste suerte del mismo modo que á los animales inútiles. Lo mas deplorable era que los tales tenian tan poco cuidado de sus almas como de sus cuerpos; y nunca se pudo esclamar con mas razon: ¿á qué no obliga la sed impia del oro?

A vista de estos horrores, el P. Claver, á quien habia inspirado el Padre de todos los mortales un cariño particular hácia los negros, quedó penetrado de la mas viva compasion, y formó el designio de consagrarse todo á su servicio. Se extendió su celo á todos los pobres y desgraciados, cuidándose poco de ejercerle con los ricos á quienes nunca falta este género de auxilio; pero los negros tuvieron siempre la parte principal en su caridad, y puede decirse, que por espacio de cuarenta años se sacrificó enteramente á su alivio y á su salva-

(1) Vid. del P. Claver, l. 2.

cion. Cuando hizo la profesion solemne de Religion añadió á los votos ordinarios el de consagrarse para siempre al servicio de los negros, y firmó: «Pedro, esclavo de los negros mientras viva.» Acaso no se pronunció jamás un voto tan difícil, y jamás hubo ninguno mejor cumplido.

Luego que llegaba al puerto un navio cargado de negros, acudia este tierno misionero y llevaba aguardiente, bizcochos, frutas, y hasta conservas y otros platos para agacajarlos y consolarlos, como pudiera hacerlo una madre con sus hijos. Su primer cuidado era desvanecer la persuasion en que estaban la mayor parte de ellos de que los llevaban para emplear su grasa en carenar los navios, y su sangre en teñir las velas, les daba á entender que aquel error era un artificio del espíritu maligno para hacerlos infelices en este mundo y en el otro; que al contrario los llevaban para librarlos de la esclavitud infernal y proporcionarles una felicidad interminable; y que en este mundo les serviria él de protector, de defensor y de padre. Pero por mas que pudiese decirles, ó hacer que les dijese sus intérpretes, era mas elocuente que todos los discursos su ternura y compasion, el cariño que les mostraba en todas sus acciones, y cierto atractivo simpático que habia puesto el cielo entre el pastor y las ovejas que le encargaba. Acababa de conciliarse su amistad distribuyéndoles los refrescos que habia llevado consigo; por eso solia decir que era necesario hablarles en primer lugar con las manos; oyendo lo cual algunos amigos suyos virtuosos le enviaban todas las provisiones convenientes. Hecho ya amigo de los negros, trabajaba para hacerlos amigos de Dios. Se informaba desde luego de todas las criaturas que habian nacido durante el viaje para conferirles el bautismo; visitaba despues con el mismo objeto á los adultos que estaban gravemente enfermos; acariciaba generalmente á todos los que padecian algun mal; curaba y limpiaba por sí mismo las úlceras,

les llevaba el alimento á la boca, los abrazaba con ternura antes de apartarse de ellos, por mas asquerosos que estuviesen, y los dejaba prendados de una caridad que les era casi desconocida.

En el día del desembarco general volvia acompañado de negros ancianos, de la misma nacion que los reciénvenidos. A estos les daba la mano para ayudarlos á poner el pie en tierra: cogia en brazos á los enfermos, y los llevaba á los carros que les tenia preparados; y no habia ninguno á quien no diese alguna señal particular de benevolencia. No se apartaba de ellos hasta que los habia conducido á todos á su destino; y cuando estaban en sus alojamientos los iba visitando sucesivamente; los recomendaba mucho á sus amos y les daba palabra de que no tardaria mucho en volver y los tendria siempre presentes.

Despues se trataba de recojer, para la salvacion de sus almas, el fruto de estas caridades corporales, y lo ejecutaba de este modo. Habiendo acordado con sus intérpretes las horas convenientes para la instruccion, iba allí en el momento señalado, llevando en la mano un baston terminado en forma de cruz, un Crucifijo en el pecho y á la espalda una alforja en que habia una sobrepelliz, una estola, varias imágenes y todo lo que se necesitaba para aliviar á los enfermos. Entraba con semblante alegre en sus habitaciones, que son una especie de almacenes, ó por mejor decir de establos húmedos, oscuros y faltos de todo. Aunque son capaces de contener muchos centenares de negros, la multitud de estos los obliga á estar amontonados unos sobre otros sin otra cama que el suelo. Es tan intolerable el hedor que allí se siente, que son pocos los europeos que pueden sufrirlo por espacio de una hora. Pero el P. Claver tenia sus delicias en aquellas fétidas moradas, atendiendo únicamente al valor de las almas redimidas con la sangre de Jesucristo. Allí erigia una especie de altar en que ponía algunas pinturas ca-

paces de escitar fuertes sensaciones, por ejemplo, de la crucifixion, del paraíso y del infierno, para dar á aquellos entendimientos groseros alguna idea de nuestros misterios. Despues colocaba por sí mismo las sillaz para sus intérpretes; y á fin de que tambien los negros pudiesen oír con comodidad las instrucciones, iba á buscar bancos, tablas y esteras, haciendo todo esto con tanta alegría, que aquellos pobres esclavos no sabian cómo manifestarle su agradecimiento. Parecia que solo estaba allí para servirles y que era esclavo de los mismos esclavos. Si veia alguno cuyas úlceras incomodasen á los demas por el mal olor, ó por su aspecto asqueroso, le cubria con su manteo, ó le hacia con él una especie de silla, temiendo que fuese demasiado duro el asiento que tenia. Muchas veces le retiraba tan lleno de inmundicia, que era menester lavarle siete ú ocho veces, bien que él por su parte ocupado únicamente en ganar las almas se le habria vuelto á poner como le retiraba, si no lo hubiesen impedido sus intérpretes.

Por poca fé que se tenga, se comprende fácilmente la abundancia de las bendiciones que derramaba Dios sobre el ministerio de una caridad y de una abnegacion tan perfecta. Aunque la mayor parte de los negros, ya sea por temor ó por ignorancia, obedecen fácilmente á sus amos cuando les mandan que se hagan cristianos, hay algunos, especialmente los de Guinea, que por orgullo, ó por una estupidez feroz, son casi intratables en este punto; tambien los hay sumamente adictos á las prácticas supersticiosas de la idolatria ó del mahometismo; pero ninguno dejaba de rendirse á la actividad y perseverancia de este santo pastor. No trataba él de que se abrazase el cristianismo como si lo mandasen los comerciantes, los cuales, despues de recibido el bautismo por aquellos neófitos, se cuidaban poco de su fé y de sus obras; porque no contentándose él con hacerlos cristianos de nombre ó de profesion, queria que fuesen verdaderos fieles, ins-